

NO QUISIMOS EN REALIDAD ESTAR AQUÍ

Pronunciamiento del programa *Teatro para el fin del mundo*.

No quisimos en realidad estar aquí. No era esta nuestra manera de entender el manifiesto de una escena cercada por el dolor y la crisis de vivir un tiempo negado. Un tiempo donde nosotros al traicionarnos en este propósito, decidimos acceder, por ahora sin renuncia. Nos dijeron que este era el tiempo de la espera y la conformidad y así lo creímos. Nos dijeron que era el tiempo donde podíamos habitar entre la oscuridad o el exilio de un país que se colapsa y sin embargo entre sus propias ruinas, deja abiertos algunos caminos. Aunque no lleven lejos.

Tomamos el camino del extravío, de la pérdida y lo perdido, del derecho que es considerado ilegal, pensando que será la primera vez que no sea necesario morir ni ver morir a los nuestros. Nacimos en la negación, en la decisión fallida de una sociedad por la sobrevivencia precaria y disoluta. Nacimos resistiendo por el lado de la soledad y la necedad de ocupar sitio en un capítulo que cuenta una historia a la mitad.

En la primera mitad la historia no nos cuenta, no hay registros ni testimonios que comprueben que algún día, nos reunimos aquí, sucios, cansados de tanta muerte a descansar entre los escombros que quedaron en la ciudad. Luego, la segunda mitad, si nos menciona. Algo aparece ahí de nosotros diciendo que estamos vencidos, que nos hirieron a traición, por cobardía y luego declaramos que sí, que esa era nuestra voluntad, que ese era nuestro ánimo colectivo de perder. Que en esta guerra no queríamos ni teníamos planeado ganar ninguna cosa. Quizá el olvido, quizá la suerte de evitar mirar. Que estábamos solo agradecidos por considerarnos vivos frente a los millones de desaparecidos, violentados y asesinados en este país. Que no quisimos ganar porque así se nos había enseñado y así lo entendimos para no generar un conflicto mayor. Que nos iría mejor desde la posición idiota del artista. Que en la obediencia entendíamos un manifiesto claro de preservación para este discurso agotado. Que teníamos miedo y era el miedo el que nos hacía perder el control a la hora de pensar el teatro como un acto de resistencia capaz de revelar los fantasmas de las viejas rebeliones fracasadas del mundo.

Que estábamos en el fin del mundo como todos decían, perdidos, fumando un cigarrillo con la sonrisa desecha, con nuestros hijos y nuestras mujeres indefensas frente a un militar de risa histérica. Que estábamos aquí por los muertos. Los ajenos y los nuestros, es decir por nosotros los muertos. Qué éramos muchos preguntándonos que fue lo que había pasado aquí, porque nos habían dejado así la ciudad y al volver la vista atrás nos dimos cuenta que no había nadie, ni nada para explicarlo. Que teníamos que reconstruir los hechos nosotros mismos, mirando aquellos restos de aquellas sociedades, de aquellos tránsitos negados,

de aquella civilización abandonada del deseo. Abandonada por su propio espacio. Estos espacios que alguna vez le pertenecieron y que ahora son testigos del delito frente su olvido generacional. El teatro concebido en ellos se asume como una práctica de lo impostergable, un tratamiento de lo escénico en cuya condición radica la necesidad de precisar las coordenadas de una cartografía que apunta hacia vías colectivas de encuentro. A nuestro teatro le tocó confrontarse así mismo por ser origen y consecuencia de un mecanismo en crisis proveedor de cuestionamientos originados por la necesidad de sobrevivencia. Nosotros no elegimos quedarnos a ser parte de los muchos otros que esperaban, transitando al interior de una ciudad la posibilidad de exiliarse cuando el exilio vino a representar la salida trasera a nuestras pocas alternativas de salvación.

Entonces reunimos el polvo, la piedra y la ceniza para ponerla junto a nuestras blasfemias en el rincón menos explorado, el más sucio y quizá el más lastimado del norte del país y en ese fin del mundo, pensamos construir una escena en la localización perdida de un puerto, también fracasado. Ahí compartimos junto a otros que también entendían la necesidad de crear una autonomía, digo, una autonomía de los espectros, de nuestros propios muertos. Entendíamos que ahora esa herencia, era la única que no nos podían quitar. Que ese futuro negado era lo único que no nos podían quitar. Que ellos se llevaban la vida, pero la muerte era nuestra. Completamente nuestra. Nadie la quería. Entonces, fue fácil reclamarla.

Pensamos en un territorio autónomo fundado entre los espacios del olvido donde la memoria de la guerra aún se conservaba intacta. Así se crea el programa *Teatro para el fin del mundo*, durante el año 2012. Año apocalíptico que daba inicio a la cuenta regresiva de cierta necesidad por cumplir con lo impostergable y ese estado de emergencia, incitó la creación de un pronunciamiento colectivo a favor de la intervención y ocupación de espacios en ruina, marcados por el signo indeleble de la violencia y el abandono.

A la fecha, el programa ha trabajado en la realización de seis festivales con la participación solidaria de investigadores, solistas y colectivos escénicos de México e Iberoamérica: *Teatro para el fin del mundo; la escena en estado de emergencia* en el año 2012; *Exilios, autocensura, sociedades en extinción* en 2013; *Retroexcavaciones* en 2014; *Las prácticas del incendio* en 2015, *Falsas reconstrucciones* en el 2016 y *Frontera y periferia* en el 2017. Estos tres últimos articulados mediante un circuito de programación independiente con sede en los países de Argentina y Uruguay. Seis episodios del desastre, la carencia, el sentido equivoco de la organización, el caos y las breves explosiones de la pérdida del control. Seis ejercicios de autogestión atravesadas por el ejercicio del riesgo y la lección del accidente.

También el programa ha generado un sistema continuo de residencias artísticas, donde diversos colectivos y creadores transcurren sus propias carencias, dificultades y obstáculos para la generación de propuestas escénicas que derivan

en la exposición de su ruta crítica y las estrategias trazadas para su conservación, renuncia o cambio de dirección. También en el programa *Circuitos activos* se recibe a colectivos para llevar a cabo una breve temporada en los espacios pertenecientes a la *Red de sedes TFM* compuesta por tres espacios en ocupación: *La Guarda teatro*, *Antígona/ rebelión* y *Prometeo emergente*, donde actualmente se instala una residencia temporal en ocupación para el alojamiento de artistas.

Aproximaciones a la construcción de un territorio autónomo para la generación de prácticas asociadas a la teatralidad frente al contexto del desastre y la espiral de violencia creciente. De hacer suceder el colapso de los modelos oficiales de producción. De construir una instancia de auto confrontación, de consultar las prácticas de resistencia común en estados de emergencia, como el caso de las generaciones de excombatientes de la guerra de Vietnam, las comunidades afectadas por el tsunami del año 2011 en Japón, las generaciones descendientes de la comunidad judía en Auschwitz, las familias desplazadas del accidente nuclear de Chernobyl, los sobrevivientes de la guerra en Sarajevo Bosnia, los procesos de ocupación de los territorios palestinos en Cisjordania, los sistemas de tortura en la prisión de Guantánamo Cuba o el desplazamiento forzado de comunidades de medio oriente hacia el centro de Europa.

De este modo, la trayectoria operativa del proyecto sigue generando más interrogantes e implicaciones que se materializan en la práctica continua del tratamiento a los riesgos de la permanencia o la extinción. A seis años de la desaparición de nuestros compañeros Fernando Landeros, Jefe Olivo y Omar Vásquez, trabajadores de la escena secuestrados el 31 de julio del 2013 en ciudad victoria Tamaulipas, colaboradores cercanos de este proyecto que hoy extiende la razón de sus causas, aunque sean perdidas, habitando un vínculo cercano con su presencia y las posibles revelaciones de su memoria.

Teatro para el fin del mundo.